

MODESTO HOMENAJE

Hoy, me he encomendado la dolorosa tarea de recordarte.

Me encantaría poder mostrar a los que no te conocieron, cuán sensible fuiste o qué tanto eres.

A escasos seis meses de tu ausencia la idea de la Fundación Diego Bricio Hernández empieza a tomar forma. Tú y el tesorero con el mismo nombre darán a los niños de Sataya sustento para que puedan tener una educación básica.

También pensando en ellos, en los niños, colgaste un letrero en la entrada de tu casa en Cuernavaca, ofreciste asesorías a los que tuvieran alguna inquietud relacionada con las matemáticas.

Al tiempo que el rigor científico, dejabas espacio al pensamiento mágico, con la plena convicción, de que la quema de la silueta de tu mano, dibujada por Patricio cinco veces en cinco distintas hojas de papel, te curaría del mal que la afectaba.

Una corte de Londres juzgaba a principios de los años setentas, a un mexicano. En breve supieron que se trata de uno de los más brillantes estudiantes del doctorado en el Imperial College. Yo ya sabía de tí.

Diego o Bricio desde tus veintitrés años ya eras una leyenda.

Fueron varios de mis profesores, compañeros tuyos, los que hablaban incansablemente de Diego Bricio, comentaban de la imposibilidad de salir contigo de los pasillos o jardines de la Ciencias y de Químicas, pues era el saludo para éste, el artículo o libro para los otros, la solución de un problema o la concertación de la ida a la Reseña de la noche. Dabas incesantemente. Una sonrisa, un consejo, el último álbum de Bruce Springfiel o de Moustaki y un resumen de lo más reciente en Teoría de Control.

Los antiguos edificios de la Ciudad Universitaria, albergaban cer-
canamente a la Facultades de Ciencias y Químicas. La ubicación fue idea
para que impartieras cursos en ambas; y para tí también eran próximos el
CINVESTAV o Milán, Londres o la UAM, Mazatlán o Querétaro, Toluca o
Guanajuato, Mérida o Jalapa, Tabasco o Providence, Munchen o el ITAM; de
cualquier forma, en cualquier lugar o circunstancia entusiasmas a propios
y extraños.

¡QUE BONITAS SON LAS MATEMATICAS! Es el título de una de
tus conferencias.

El Doctor Diego Bricio Hernández, se presenta en el auditorio de la
Facultad de Ciencias de la UNAM, donde es imposible meter a un humano
más. Puntual como un inglés, vistiendo una camiseta de las chivas rayadas del
Guadalajara, inicia su conferencia, con un desfile de alumnas, que confirman
el nombre de la charla, ante un público, atento al majestuoso desplazamiento
del ir y venir de las matemáticas, entre el modelado y la solución de diversos
problemas de la física, la ingeniería y la química.

Domingo tras domingo, la Hora Nacional encontraba un espacio en
tu tiempo y tal vez, el cúmulo de noticias en esos precisos instantes, te hacía
presente en la provincia, en donde las escuelas de Ciencias o de Ingeniería,
aprendieron con tus conocimientos.

El paso de los días, acrecienta el irremplazable espacio que dejaste.
El extrañamiento se ahonda, siendo parte de nuestra vida. Como lo son estas
páginas, de la Revista Miscelánea Matemática, que también se enriquecieron
con la diversidad de trabajos que en ella desarrollaste. Así muchas otras de
nuestro México, de Italia, Estados Unidos y Alemania.

Sé de tu gran orgullo y satisfacción de ser un científico mexicano,
preocupado y comprometido con los más nobles ideales.

Me atrevo a figurar tu intensa preocupación por el conflicto en Chiapas y las futuras elecciones. Mostraste una gran inquietud cuando estalló la guerra del Golfo Pérsico y la de las Islas Malvinas. Alegría y contento con la Nacionalización de la Banca.

Diego: eras el interlocutor perfecto, en la charla y en el silencio. Tu compañía no albergaba la posibilidad de tedio. Siempre sonriente y amable; y por demás, sobra decir, culto e inteligente, sensible y modesto. ¡No te olvidamos!

Vicky Abrín